

La materialidad de los vínculos*

Josep Maria Blasco

Espacio Psicoanalítico de Barcelona
Balmes, 32, 2º 1ª – 08007 Barcelona
josep.maria.blasco@epbcn.com
+34 93 454 89 78

14 de mayo de 2023

Advertencia preliminar

He elegido el femenino, en todos los casos, para los genéricos y, más allá de ello, para todos los ejemplos, hasta para referirme *a mí misma*, empezando por el plural mayestático (*nosotras*); es mi privilegio, como *escritora*. Nuestro privilegio. A las lectoras a las que esto le resulte demasiado chocante (un conjunto que comenzará, especialmente, por lo que con habitualidad se suele denominar *los hombres*), les encomiendo encarecidamente una viril, vigorosa y diligente reflexión sobre el hecho de que les parezca —porque se lo tiene que parecer; si no, ¿de dónde lo chocante?— de lo más *natural* que todos los genéricos tengan que ser siempre masculinos. O que la Real Academia defienda, precisamente, esa postura.

Agradecimientos

Tengo que agradecer, una vez más, a David Palau por compartir su maravillosa casita situada en las afueras de Tregurà de Dalt, cerca de Camprodon;

*URL de este documento: <https://www.epbcn.com/pdf/josep-maria-blasco/2023-05-14-La-materialidad-de-los-vinculos.pdf>. Ponencia leída el domingo 14 de mayo de 2023 a las 12:00 en las XXII Jornadas Psicoanalíticas del EPBCN, tituladas *Aperturas en psicoanálisis (XI)*, y celebradas los días 12, 13 y 14 de mayo en la sede del EPBCN.

se está convirtiendo casi en una tradición que comience a escribir la o las ponencias que presento a nuestras jornadas anuales allí, mientras pasamos unos agradables días, casi monásticos, gozando del silencio y del descanso.¹

Muchas personas han tenido la paciencia de ir acompañándome en la escritura de este texto, escuchándome mientras lo leía, o leyéndolo ellas mismas; en particular, Laura Blanco, Carlos Carbonell, Norma Cirulli, Silvina Fernández, María del Mar Martín, Mireia Monforte, David Palau, Olga Palomino, Amalia Prat, Cristina Prats, Ana Sáncer y Andrea Segura. Su compañía y su apoyo, así como sus reacciones, comentarios, precisiones y sugerencias han hecho posible que el resultado haya sido mejor, mucho mejor, del que hubiese conseguido si lo hubiese escrito sola. Muchas gracias a todas.

Introducción: «Siempre serás mi amigo»

Hay una anécdota que acude a menudo a mi mente. Cuando estudiaba COU, el antiguo Curso de Orientación Universitaria, inmediatamente anterior a la entrada en la Facultad, uno de mis compañeros me dijo: «Tú siempre serás mi amigo. Independientemente de que nos veamos más o menos, de que nos encontremos con poca frecuencia o más a menudo: al cabo de los años, siempre seguiremos siendo amigos».

La verdad es que nunca entendí muy bien qué era lo que pretendía decirme, con aquello. Después, dejé de verlo, durante unos veinticinco años. Me lo encontré, por casualidad, mucho más adelante, en una cena de ex-alumnos. Desde luego, cuando volví a encontrarme con él, en ningún momento pensé que fuésemos amigos, ni nada por el estilo. Para decirlo todo, mi sensación fue que ya estábamos en un límite en el que casi no éramos, ni siquiera, conocidos.

Ignoro lo que pensó él, o lo que sintió. Para decirlo todo, la verdad es que me tiene más bien sin cuidado. A fin de cuentas, él no era —más allá de sus promesas juveniles— mi amigo.

¿En qué se basa un vínculo?

¿En qué se basa una amistad? Realicemos una búsqueda rápida en Google. En el artículo en línea titulado *El valor de la Amistad: 8 características de la amistad verdadera* [1], el Sr. Ardila nos informa de que «Una verdadera

¹En esta ocasión, además de este texto, presentaré otro más, que he titulado *Cuerpo y poder* [7].

relación de amistad debe estar basada en sólidos valores como: sinceridad, honradez, generosidad, lealtad, integridad».

Dejaremos para más adelante la afirmación de que puedan existir relaciones de amistad que son «verdaderas» (lo que implica que hay otras que deben de ser «falsas») y el aspecto imperativo («*debe* estar basada...»), y nos centraremos en la propia idea de *base*. Una *base*, para la RAE [10], consiste en el «fundamento o apoyo principal de algo». De la *base* pasaremos con rapidez al *basar*, cuya única acepción pronominal, «basarse», según la misma fuente, será «Apoyarse en algo como base o punto de partida». Subrayemos: *como punto de partida*.

Encontramos aquí toda una constelación de palabras que parecen remitir a una metáfora *arquitectónica* y *constructiva* (los «fundamentos» deben ser «sólidos», son «nuestro apoyo principal», etcétera), que se hace explícita en tantos otros lugares, por ejemplo en el artículo publicado por el digital *El tiempo*, firmado por su redacción y titulado «Como reconocer a los buenos amigos»:

La amistad es un sentimiento basado en emociones y, como tal, no se atrapa, sino que *se construye*, afirma el médico siquiatra Jorge Téllez. Una relación gratificante *se edifica* sobre los principios de la sinceridad, honestidad, lealtad y confianza [8, énfasis propio].

Se tiene la impresión de que la lista de todos esos «fundamentos», que van variando un poco, es, sin embargo, siempre y esencialmente la misma. Discursos similares los hallaremos, desde luego, para casi todo el abanico de los vínculos clásicos.² En la web *Psicología online*, por ejemplo, podemos encontrar un artículo de Maite Nicuesa titulado «Qué es el amor verdadero de pareja» [9] en el que podemos leer «El amor verdadero se basa en la sinceridad y la confianza». *Verdadero. Basarse. Sinceridad. Confianza*. No son simples coincidencias.

Idealización y sufrimiento

Estas presentaciones pueden ser objeto de todo tipo de críticas, claro está. La que vamos a escoger aquí para empezar nuestro trabajo es la que afirma

²Exceptuando, de modo muy notable, a la familia: ella se presenta ya no como *basada*, sino como el *basamento* mismo. Es, se nos repite hasta el aburrimiento, la *base* de la sociedad, la célula *básica* de la sociedad, etcétera. Sobre ella se edificará, entonces, todo lo demás. Se trataría de un basamento no basado, que nos remite al *primum movens*, al primer motor inmóvil de ARISTÓTELES, introducido más adelante por Tomás de AQUINO en la teología cristiano. No es de extrañar, entonces, que la familia se termine presentando nada menos que como una estructura que es, a la vez, tanto *natural* como *sagrada*.

que están plagadas de *idealizaciones*. Si una interioriza este tipo de discursos, si se los cree; si, como suele decirse, «los compra» (y cómo no hacerlo, si se nos repiten estas cosas todos los días, desde los medios *mainstream* y desde los especializados, desde todas partes; y si esas opiniones vienen firmadas por «médicos psiquiatras» o están publicadas en revistas o artículos que pretenden ser «de psicología»); si una cree en estos discursos, decimos, entonces pasará a pensar, automática y necesariamente, toda una serie de cosas.

Una serie de cosas *adicionales*. No sólo creará lo que esos discursos afirman, sino que esos mismos discursos se desarrollarán, por así decirlo, «dentro» de una misma. Sus diversas consecuencias lógicas se irán desplegando solas, sin intervención ninguna de nuestra consciencia.

Por ejemplo, pasaremos a creer que hay amigas «verdaderas» y amigas «falsas», amigas «buenas» y amigas «malas». Y parece que se convertirá en nuestra labor discriminarlas; a fin de cuentas, nos convendría. Se comprende: una querría, desde luego, tener sólo amigas «verdaderas» y «buenas», y desprenderse de las que fuesen «falsas», o «malas». Por eso deberemos instruirnos acerca de como efectuar esa discriminación. Se ve que solas no podemos hacerlo, y necesitamos ayuda. Una ayuda que, por suerte, en seguida se nos presta: «Como reconocer a los buenos amigos» [8]...

Estamos tan acostumbradas a estas atrocidades, las leemos con tanta asiduidad, que (creemos que) ya no les prestamos atención. Pero, realmente, pensar (1) que hay amigas «buenas» y amigas «malas» y, encima, (2) que no podemos distinguirlas por nosotras mismas, y por tanto tenemos que leer artículos sobre «cómo reconocer» a las que son *buenas* (¡nada menos!), debería resultarnos francamente enloquecedor. O a lo mejor ya estamos un poco locas, y no nos hemos dado cuenta. Sí, debe ser eso.

No hará falta que enfatizamos el matiz paranoico de estas averiguaciones. Ponerse a averiguar si nuestras amigas son «verdaderas» o «falsas» es *estructuralmente paranoico*. He aquí una consecuencia imprevista, indeseada, de esos pensamientos. Mandar a toda la humanidad a investigar a ver si sus amigas son «verdaderas» o «falsas» no parece ser, en realidad, muy de recibo.

Del mismo modo, ese tipo de discurso tiende a hacer que nos preocupemos, también, por si nuestro amor «es verdadero», si «tiene una base sólida», etcétera; que repasemos las listas: «sinceridad, honradez, generosidad, lealtad, integridad», a ver si gozamos de todos esos «valores»; si son suficientemente «sólidos»; y así sucesivamente.

Me gustaría hacer notar que no estamos haciendo *psicología*: con la *lógica* nos alcanza. Todas estas preocupaciones, y su consiguiente dolor y sufrimiento, son *consecuencias lógicas* de los enunciados que estamos examinando. Lo

único «psicológico» que hay en juego aquí es el hecho de que cada una de nosotras es una máquina de procesar la lógica. La procesamos, incansablemente, pero sin darnos cuenta de ello.

Por eso es tan interesante estudiar lógica: porque una puede irse apropiando, aunque sea en parte, de mecanismos que, en caso contrario, acontecen, ya lo hemos señalado, sin intervención alguna de la conciencia.

Alguien podría objetar, quizás ingenuamente: «Ah, pero yo no creo en estas tonterías que has escogido como ejemplos; ya se sabe, tienen que vender periódicos, algo tienen que escribir, ¿verdad?; pero, al fin y al cabo, no son otra cosa que tonterías». «Muy bien», le contestaríamos nosotras, «pero, entonces, tú, ¿en qué crees?». Y si nuestra interlocutora no nos proporcionase, acto seguido, una teoría alternativa a aquellas a las que nos estamos refiriendo, no podríamos evitar decirle: «Tú *crees* que no crees lo que denominas “estas tonterías”; pero, como no puedes exhibir ninguna creencia alternativa, algo en lo que sí que crees, realmente *crees* en las “tonterías”, pero no te das cuenta de ello: crees, pero sin saberlo». El psiquismo humano adolece de una especie de *horror vacui*: cuando no tiene una teoría para algo, ese lugar lo ocupa la teoría ambiente.

Y no nos damos cuenta. Por eso es mejor que estemos advertidas.

Ensayar una vía distinta

Recapitulemos. El pensamiento *mainstream* —denominémoslo así— establece que la amistad, el amor, etcétera, deben estar «basados» en una serie de «valores sólidos», que hay amistades «verdaderas» y «falsas», «buenas» y «malas», etcétera. Ese pensamiento, cuando se interioriza, se despliega. Y, al desplegarse, produce sufrimiento, paranoia, duda, inseguridad: todo tipo de males.

De la idealización, de los valores sólidos, de la «sinceridad, honradez, generosidad», etcétera, hemos pasado a la investigación paranoica, la duda y el sufrimiento.

Se trata de algo que, claramente, muy bien no está funcionando.

Y, cuando algo no funciona, habría que ensayar otra cosa.

¿Qué tontería, verdad, lo que acabo de escribir? Claro que si algo no funciona hay que ensayar otra cosa.

Pues resulta que no, que no es ninguna tontería. Por alguna causa, en el campo de las relaciones humanas no solemos abordar las cosas así.

Cuando un algoritmo no funciona, lo corregimos, lo mejoramos, o probamos con otro algoritmo. Si el interruptor no funciona, probamos primero los demás, para asegurarnos de que no se haya ido la luz, no sea que nos estemos equivocando. Si hoy le pusimos demasiada sal a la comida, la siguiente vez probamos de ponerle menos. Si nos hemos congelado de frío dando una vuelta, la siguiente vez nos ponemos unas medias más tupidas.

Pero, en cambio, cuando se trata de la amistad, del amor, de la pareja, de la familia, se constata que no creemos que se pueda ensayar otra cosa.

Con lo cual, se deduce con suma facilidad, si lo que hacemos nos genera un gran sufrimiento y además creemos que no podemos ensayar otra cosa, entonces estamos condenadas a vivir sin cesar en ese mismo sufrimiento, a vivir una vida de sufrimiento.

Yo, la verdad, prefiero ensayar otra cosa,³ aunque no sea lo que, en general, suele hacerse.

Des-haciendo la base

¿Y cómo podemos ensayar otra cosa? Está claro: cambiando el relato, proponiendo una explicación distinta para los vínculos en cuestión. Una, por ejemplo, que tenga *una mejor correspondencia con el estado de cosas*.

En efecto: la mayor y la más fuerte de las críticas que se les pueden hacer a las explicaciones *mainstream* es que no son buenas descripciones de la realidad, ya que no se corresponden con el estado de cosas. La amistad, y en general las relaciones, no están basadas en nada. No existe una tal base. La noción de base es metafísica, en el mal sentido de la palabra. No corresponde a otra cosa que a una idealización.

Las relaciones no están basadas en nada. Ilustraré esta afirmación, que puede parecer chocante, con un ejemplo muy claro, sacado de nuestro trabajo como psicoanalistas. En ocasiones tenemos que encargarnos de coordinar lo que se suele denominar *grupos terapéuticos*. En esos grupos se reúne una serie de personas que, *a priori*, no tienen nada o casi nada en común. Si acaso, lo que tienen en común puede consistir en estar analizándose, estar estudiando psicoanálisis, o tener el deseo de trabajar, en el futuro, como psicoanalistas; lo demás son, por lo general, contingencias.

³Aprendí a hacer esto de muy joven, escuchando a mi maestro Enric BOADA y observando, también, sus maneras de comportarse. Nunca podré agradecerse lo bastante, ya que la idea de *probar otra cosa* se encuentra en la misma raíz de la *actitud crítica*, concepto que incluye el llamado pensamiento del mismo nombre, y al que se acostumbra a querer reducirlo.

La afirmación de que no tienen nada en común puede parecer exagerada, y en cierto modo lo es. Por supuesto que tienen muchas cosas en común: son, por ejemplo, todas blancas; quizás también suceda, además, que sean todas universitarias. A lo que nos referimos es a que no tienen nada en común *desde el punto de vista de las afinidades electivas*: nunca se hubiesen juntado, por ejemplo, en un café, o en una discoteca, nunca se hubiesen hecho amigas. Son de clases sociales distintas, de extracciones distintas, de orientaciones sexuales distintas, etcétera. Por ese mismo hecho, que estén ahí reunidas, en ese grupo, es un *arte-facto* producido por la constitución misma del grupo, que comienza, así, con un *inverosimil*.

Como no tienen nada en común y los grupos terapéuticos psicoanalíticos no tienen tampoco ningún encargo, más allá de la pura y simple exhortación a hablar, las integrantes no saben muy bien qué hacer, al principio. Por el mismo mecanismo de *horror vacui* al que antes aludimos, intentan reducir la novedad de lo que están experimentando a algo anterior, conocido. Entonces, creen estar, por ejemplo, en una reunión de amigas. Hay que desengañarlas: no están ahí donde creen estar, eso no es una reunión de amigas.

Sin embargo, a veces se sienten como si lo fuese. El trabajar-juntas, el hacer cosas juntas, en muchas ocasiones, produce una gran liberación de libido, y ellas interpretan esa libido como la señal de una naciente amistad. O del amor; algunas pueden llegar a creer, también, que se están enamorando.

A la psicoanalista que oficia de coordinadora le toca repetírselo una y otra vez: «no sois amigas; no os habéis enamorado». Le corresponde ir deshaciendo, rompiendo, una y otra vez, las ilusiones de que se está repitiendo algo ya conocido, de que se están encontrando una vez más, o quizás incluso por primera vez, esas estructuras ideales y anheladas: el amor, la amistad.

No es que la libido haya llevado a las integrantes a estar juntas, a trabajar juntas, sino que, al contrario —advirtámoslo, porque se trata de algo muy importante—, ese trabajar-juntas es lo que ha liberado la libido. Trabajar juntas, hacer cosas juntas, genera amor. Y ellas están juntas porque han sido aceptadas como integrantes en el grupo terapéutico, no porque se quisiesen desde antes. Es más, en la mayoría de los casos, lo que es antes, ni siquiera se conocían.

¿Se ve con la suficiente claridad lo que queremos decir? Se trata de relaciones que no están basadas en nada.

«¡Ah, claro!», dirá alguna, «pero tú misma acabas de decir que no son amigas, ni están enamoradas». Cierto, cierto. Pero eso no quiere decir que no tengan ningún vínculo. Y ese vínculo no está basado en nada, más allá de las estipulaciones psicoanalíticas: reunirse con una cierta frecuencia, asistir puntualmente, pagar los honorarios, hablar sin censurarse.

Hablar sin censurarse: es lo que se conoce como la *asociación libre*. Freud la denominaba la «regla fundamental» del psicoanálisis: decir todo lo que a una se le ocurra o, para ser más precisas, todo lo que a una «le» ocurra, si nos podemos expresar así, para enfatizar que no se trata de hacer nada, ni de reflexionar, sino de comunicar lo que acude a la superficie de la consciencia. Y de comunicarlo, esa es la consigna, *todo*, sin importar si lo que ha acudido es ofensivo, desagradable, insignificante, o no tiene que ver con lo anterior. Es lo único que se le pide a la paciente del análisis mal llamado «individual», y es también lo único que se les pide a las integrantes de un grupo terapéutico.

Concedámoslo entonces: sí que están basados en algo, los vínculos que aparecen en los grupos terapéuticos. Pero eso en lo que están basados no son idealizaciones. No son «valores», y mucho menos «valores sólidos». Algunas de esas estipulaciones son claras y fáciles de cumplir: reunirse, asistir, ser puntuales, pagar. La última, asociar libremente, hablar sin censurarse, es *un ideal*, no una *idealización*. Es un punto de llegada, no un punto de partida. Si se quiere, es un *horizonte*, pues siempre puede perfeccionarse una en lo que se refiere a hablar sin censurarse, ya que no existe la ausencia completa de censura: se trata, en realidad, de algo que no tendría ni siquiera sentido.

Las *virtudes*, que ya no son *valores*, se *producen*, entonces, si acaso, en el curso del acontecer del grupo. Son indistinguibles de ese acontecer mismo. Si una *se ejercita* en la asociación libre, si la va *practicando*, puede ir adquiriendo su costumbre; se tratará, entonces, de un ejercicio virtuoso, de una práctica virtuosa. Pero no habrá, nunca, ninguna *solidez* en esa virtud.⁴ Al contrario, se requerirá, para mantenerla, de la continuidad del ejercicio, de la práctica. De un ejercicio y una práctica continuadas. Si se descuida ese ejercicio, esa práctica, la virtud, inmediatamente, desaparece. La virtud no es, pues, base de nada; al contrario, es resultado, es consecuencia. Si me ejercito, si practico, ostento la virtud; si dejo de ejercitarme y practicar, la virtud desaparece. La virtud es, en sí misma, ejercicio, práctica. Es otro nombre del ejercicio y de la práctica. No hay algo como una virtud que yo tenga, independientemente de su ejercicio y de su práctica.

Nadie es una «buena asociadora», en el sentido de que, siempre, asocia bien. A veces asocia más o menos bien, y a veces le cuesta más, y otras asocia francamente mal. Tampoco se puede asociar con cualquiera: la mayoría de las personas no lo tolerarían, y en muchos de los casos ni siquiera sería ético hacerlo ante ellas.

⁴En realidad, la idea de que algo como una práctica, determinado siempre por la contingencia de su posible realización reiterada, pueda, en sí mismo, volverse *sólido*, es decir, que se trate de algo susceptible de *solidificarse*, es de una gran una osadía metafísica. No parecemos advertirlo, quizás debido a una proliferación de esa idea que no sabría sorprendernos lo bastante.

Al empezar un grupo, especialmente, cuando se comienza, hay que ser muy cuidadosa: a asociar se aprende, no es nada fácil. Se aprende en cada caso, y se aprende en grupo y con el propio grupo: si las demás no asocian, es muy difícil que consiga hacerlo yo misma. Por eso decimos que se aprende con todas, entre todas. Por lo tanto, esa virtud, que está en el horizonte, no puede ser, en ningún caso —ya lo hemos visto—, una base.

Ya no hay, pues, base: sólo hay ejercicio, sólo hay práctica. Sólo hay el ejercicio de una práctica. Somos, por decir así, lo que ejercemos. Lo que practicamos. Ni más, ni menos. No tenemos ninguna reserva de «valores sólidos», ni siquiera de «virtudes». No tenemos nada dentro. No hay virtudes metafísicas. La virtud se ejerce, se ejercita, es ejercicio; se practica, es también una práctica.

Desde esta perspectiva, se entiende: todo lo que nos han contado estaba mal. Por eso funcionaba tan mal. Y por eso hay que ensayar otra cosa.

Lo estamos haciendo. Pero nos queda trabajo.

Los vínculos clásicos

«Todo esto puede estar muy bien», nos objetará con pertinencia alguna de nuestras lectoras, «pero, en realidad, no demuestra nada. Quizás se aplique a esas relaciones tan extrañas que has descrito. A fin de cuentas, ¿qué tiene eso que ver con nosotras? Las relaciones “de verdad”, no esas tan raras y experimentales de las que has estado hablando, sí que están basadas en valores sólidos. Tienen que estarlo».

La verdad, le contestaría yo a nuestra interlocutora, es que no lo tengo tan claro como tú parece tenerlo. Es más: me parece que pensar en las amistades, en el amor, en la pareja; que pensar, en general, en los vínculos de esa manera es (¿por qué no decirlo?) *malo*: sienta mal, y no describe bien la realidad, y además produce una socialidad enferma.

Esto requiere de justificación. Vamos por pasos.

«Siempre te querré»

«Siempre serás mi amigo», me dijo mi compañero; «Siempre te querré», nos han dicho, o se lo hemos dicho nosotras a otra. Llevadas por el arrobo de la pasión, ya se sabe, una termina por decir, prácticamente, cualquier cosa.

Pero hay que ir con mucho cuidado. Si yo creo que la otra persona siempre me querrá, se despliegan inmediatamente dos consecuencias.

La primera es que confundo a esa otra persona con mi madre: mi madre es el único ser en el mundo, si acaso, que me quiere tal como soy. «Sí, es una

asesina en serie, pero ¡es mi hija!»; «Sí, come niños crudos para almorzar, pero ¡es mi hija!»; «Sí, lee *La Razón*, pero ¡es mi hija!», y este tipo de tonterías.

La segunda, que depende lógicamente de la primera, es que me creo autorizada a hacer cualquier cosa, puesto que la otra persona «siempre me querrá». Ya no necesito ponerle ningún freno ni cortapisa a mi conducta, puesto que, de todos modos, «siempre» voy a ser amada. Puedo hacer cualquier cosa.

Puedo llegar a creer, en particular, que tengo libertad para *torturar* a esa misma persona que me ha dicho que siempre me querrá. A fin de cuentas, me va a querer igual, ¿no es así? Tengo amor, y además ejercito la pulsión sádica.

Las relaciones familiares, en su mayoría, están basadas en dos principios: que el otro me aguantará cualquier cosa, y que, además, no puede huir, no puede escaparse. «Siempre» será mi hijo. «Siempre» será mi madre. Y «siempre» tendrá que acudir, claro que sí, a la comida de Navidad.

Cuidado con el «siempre»: es, por lo general, la puerta abierta a todo tipo de abusos.

Lo que haces por mí tiene su valor

¿Cuál es la alternativa a esa forma de pensar? Bueno, si la otra no me va a querer siempre, si yo misma no voy a querer siempre a cualquiera de las demás, ¿que nos queda? Algo que ya no es un vínculo familiar, algo que ya no puede ser descrito como una amistad, algo que ya no puede ser pensado con los ideales con los que solemos abordar nuestras relaciones de pareja.

El amor que le tengo a la otra dependerá de lo que la otra haga por mí. Si me trata bien, la querré más. Si no me trata tan bien, la querré un poco menos. Si me trata mal, no la querré nada. ¿Por qué tendría que hacerlo? Así la otra tendrá que espabilarse para ser merecedora de mi amor. Y yo tendré que espabilarme para ser merecedora del amor de la otra.

Quizás deba aclararlo: no estoy proponiendo ninguna forma de crueldad. El pasado existe, y la historia compartida también. No estoy proponiendo que a la primera de cambio, en la más mínima ocasión que se presente en la que la otra me trate mal, tenga que dejar de quererla, que le deba retirar el amor, o que vaya a hacerlo. Eso sería una crueldad monstruosa, una maldad inaceptable. La otra tiene, claro está, un capital simbólico; se ha ganado, conmigo, un *caché*; no la voy a abandonar a la primera. Pero no tiene, tampoco, un crédito infinito. Tiene que andarse con cuidado, igual que tengo que hacerlo yo con ella.

«¿Andarse con cuidado? ¿En las relaciones de amor, de amistad?», preguntará alguien. Pues sí: andarse con cuidado. Con cuidado, de cuidar: de cuidarnos las unas a las otras. Pensar que en el amor una puede relajarse

es la mejor receta para estropear el amor. Los vínculos requieren atención, pensamiento, cuidado. Requieren que estemos atentos, que nos ocupemos de ellos.

Nuestro vínculo es la materialidad de lo que hacemos juntas

Lo que proponemos, entonces, es una *desidealización* de las nociones clásicas de amistad, de pareja, de familia. Más allá de su crítica y de su desconstrucción, que se hacen, en este momento histórico, imprescindibles,⁵ en la medida en que se trata de estructuras que perduran y perdurarán, con seguridad, durante un tiempo —de estructuras, por tanto, de las que no podemos prescindir por completo—, deberemos encontrar maneras de hacerlas menos enfermantes.

En este sentido, *desidealizar* querrá decir apartar esas nociones de lo ideal, de lo metafísico. Darnos cuenta de que no hay una cosa llamada «nuestra amistad» que resida más allá de mí y de tí. Que lo que nos vincula es lo que hacemos juntas, en el sentido más amplio de la palabra: también me vincula contigo, claro está, el pensamiento que te dedico, mi deseo de que nos veamos, las cosas que quiero contarte... Pero sólo y a condición de que después vaya y lo haga, que realice —vuelva real— todo eso que he pensado, que no me lo quede «en la cabeza», o «dentro de mí» (como si yo fuera un recipiente que tiene un interior), ni nada por el estilo. Si no lo hago, si me limito a imaginarte, a imaginar nuestros encuentros, eso no es ningún vínculo, ni mejora la relación, ni nada. Ni siquiera es una relación. Es, para decirlo todo, *la neurosis*. No nos apartamos, en esto, ni un milímetro de la definición freudiana: es una relación imaginaria.

Pensando lo por venir

Desidealizar, entonces, apartarnos de lo ideal y de lo metafísico. Repetirnos, una y otra vez, hasta que lo entendamos todas: somos lo que hacemos con nosotras mismas, la una con la otra, todas con todas las demás. Somos lo que hacemos. Eso es lo que debemos cuidar. No somos ningún edificio, ni nuestros vínculos son casas. Nuestros vínculos no se edifican sobre nada,

⁵Nos permitiremos remitir aquí a la lectora a nuestro *Vínculos que enferman* (2022) [6], así como a nuestros artículos de blog «Soledad, compañía, trabajo» (2019) [2], «La generosidad de tener hijos» (2020) [4] y «Contra la amistad, un concepto insalubre» (2020) [3], así como a la ponencia *Pareja o revienta* [5], presentada en la edición de 2022 de estas mismas Jornadas.

no están contruidos ni son construcciones; en todo caso, son una continua fabricación, una continua producción. Producción de deseo, producción deseante.

Somos lo que hacemos con nosotras mismas y con las demás. Debemos aprender a cuidarnos: las ideas que hemos recibido no nos sirven ya. Han contribuido a enfermarnos y nos siguen enfermando hoy día; deberemos, entonces, ensayar otras nuevas. No tenemos otro remedio. Para producir vínculos nuevos, no tan dañinos como los actuales, menos idealizados. Articulados no en «valores», sino en el ejercicio y en la práctica continuadas del cuidado mutuo, en un cuidado que no consista ni en sentimientos ni en emociones, sino en afectos, que se irán desplegando, con cada una de nosotras y con todas, en regímenes, completamente singulares, de afección.

Querernos y cuidarnos, más allá de las idealizaciones. Eso. Eso es lo que tenemos que hacer. Hagamos que valga la pena, ese querernos. Nadie lo merece porque sí, ni por lo que ella es, que la quieran. Ni tampoco para siempre. Esas son ideas monstruosas, que generan personas irresponsables, enfermas y dañinas. Hagamos, para cualquiera de nosotras, para todas, que valga la pena. Que nos merezca, a todas, la pena cuidarnos, querernos. Para tener una vida vivible, digna de ese nombre. Para conseguir una vida que no haya que *ganársela*, porque ya será nuestra.

Se nos va a ir la vida. Literalmente. Nos pongamos como nos pongamos, se nos va a ir igual. Hagamos, entonces, las cosas lo mejor posible. Dependemos todas de ello.

Tregurà de Dalt-Barcelona, 7 de febrero--12 de mayo de 2023

Referencias

- [1] Wilson ARDILA MARCHENA. *El valor de la Amistad: 8 características de la amistad verdadera*. <https://www.wilsonardila.com/el-valor-de-la-amistad-8-caracteristicas-de-la-verdadera-amistad/>. Consultado el 6 de febrero de 2023. 2021.
- [2] Josep Maria BLASCO. «Soledad, compañía, trabajo». En: *Blog de Josep Maria Blasco* (20 de dic. de 2019). URL: <https://www.epbcn.com/equipo/josep-maria-blasco/blog/2019/12/29/soledad-compania-trabajo/>.
- [3] Josep Maria BLASCO. «Contra la amistad, un concepto insalubre». En: *Blog de Josep Maria Blasco* (4 de ago. de 2020). URL: <https://www.epbcn.com/equipo/josep-maria-blasco/blog/2020/08/04/contra-la-amistad-un-concepto-insalubre/>.
- [4] Josep Maria BLASCO. «La generosidad de tener hijos». En: *Blog de Josep Maria Blasco* (2 de feb. de 2020). URL: <https://www.epbcn.com/equipo/josep-maria-blasco/blog/2020/02/02/la-generosidad-de-tener-hijos/>.
- [5] Josep Maria BLASCO. «Pareja o revienta». En: *Textos para pensar* (15 de mayo de 2022). URL: <https://www.epbcn.com/textos/2022/06/pareja-o-revienta/>.
- [6] Josep Maria BLASCO. *Vínculos que enferman*. Barcelona: EPBCN, 2022.
- [7] Josep Maria BLASCO. *Cuerpo y poder*. Ponencia presentada a las XXII Jornadas Psicoanalíticas del EPBCN, tituladas *Aperturas en psicoanálisis (XI)*. 13 de mayo de 2023. URL: <https://www.epbcn.com/pdf/josep-maria-blasco/2023-05-13-Cuerpo-y-poder.pdf>.
- [8] «Como reconocer a los buenos amigos». En: *El tiempo* (18 de sep. de 1998). Consultado el 6 de febrero de 2023. URL: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-741883>.
- [9] Maite NICUESA. «Qué es el amor verdadero de pareja». En: *Psicología online* (2 de feb. de 2021). URL: <https://www.psicologia-online.com/que-es-el-amor-verdadero-de-pareja-197.html>.
- [10] REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española. Edición del Tricentenario. Actualización 2022*. URL: <https://dle.rae.es> (visitado 02-2023).